

ANTE UNA RESUMIDA DEL ARZOBISPADO DE SANTIAGO

En el día de ayer, se ha difundido una declaración del Arzobispado de Santiago, que ha sido presentada como una respuesta a los conceptos que yo vertiera el jueves 7 del presente en el espacio "Sesenta Minutos" de Televisión Nacional, del cual soy comentarista habitual desde hace varios meses.

Prefiero guardar silencio frente a los violentos ataques personales que, directa o indirectamente, se me dirigen en la comunicación episcopal en referencia. Dejo entregado al sentido de justicia de los chilenos, el apreciar la profunda desproporción entre mi comentario y su réplica.

Sólo deseo señalar que considero que basta leer ambos textos, para advertir que el sentido de mis palabras ha sido completamente desvirtuado.

Jamás he pretendido desarrollar doctrina alguna sobre "misericordia, arrepentimiento y perdón", porque no me corresponde y porque la Iglesia Católica tiene una doctrina clara y tradicional a dicho respecto. Aludí a esos conceptos, única y precisamente para deslindar el terreno diferente en que quería situar mis observaciones.

Menos aún puede sostenerse que al decir que había quedado en descubierto que "un grupo importante de sacerdotes y religiosas tiene compromiso grave y directo con el MIR", yo haya podido agraviar a la inmensa mayoría de los miles de sacerdotes o religiosas "que en Chile testimonian una fidelidad silenciosa al Evangelio de Cristo". Es evidente que el calificativo de "importante" empleado por mí, está referido a la significación de los eclesiásticos que se han visto involucrados con el extremismo, y no a un problema porcentual o de cantidad. Pienso que estas minorías que hacen noticia, dañan injustamente ante muchos, a esa gran mayoría que abnegadamente cumple con su misión pastoral, y que tiene el reconocimiento de toda la ciudadanía, independientemente aún de las ideas religiosas de cada cual.

Mi comentario fue dirigido a un solo objetivo central: evitar que un párrafo de una declaración anterior del Departamento de Opinión Pública del Arzobispado de Santiago, pudiera prestarse para aparecer legitimando una acción que penalmente está sancionada, y que es la de encubrir un delito, ayudando a que un prófugo eluda la acción de la justicia. Dicha conclusión podría conducir a un grave equívoco.

Me pareció especialmente grave que pudiera colmar cuerpo semejante tesis, no sólo porque contradeciría un orden reciente y expreso de la autoridad militar en sentido contrario, sino porque si el extremismo sumiera que va a encontrar los medios para quedar en la impunidad, es indiscutible que se sentiría estimulado para servir a Chile en el terrorismo que hoy invade a gran parte del mundo. Una conducta sumamente humanitaria, vendría a tener así graves consecuencias anti-humanitarias.

En su último comunicado, el Arzobispado de Santiago precisa lo que no me parecía claro en su declaración primitiva, y es que ningún auxilio

prestado en nombre de una "Magisterio de la Iglesia Católica" puede llegar hasta autorizar o legitimar el cometimiento de un delito. El que mi intervención en Televisión Nacional haya servido para que este concepto fundamental se mutualizara explícitamente por tan alta autoridad espiritual, compensa con creces la menor misericordia que personalmente he sentido en su apreciación de mis puntos de vista.

Al cerrar por mi parte un episodio que ha adquirido una magnitud que jamás he buscado ni deseado, reitero mi convencida adhesión a la Iglesia Católica, a su unidad, y a su Jerarquía Eclesiástica en todo el campo propio de su Magisterio, manteniendo el derecho que ella misma reconoce a los católicos para disentir, con respeto y prudencia, en aquellos puntos que no estén comprendidos en dicho Magisterio.

Tengo el íntimo convencimiento de que existe una campaña de diversos orígenes que busca dividir a la Iglesia por dentro, o bien alejarla de un Gobierno de clara inspiración cristiana y de quienes lo apoyamos por ser el liberador de Chile y el camino para construir su futura grandeza. Esa campaña no debe ser fomentada, porque perjudica por igual a la Iglesia y al país, y sólo beneficia a quien considero que hoy es el principal enemigo de ambos: el marxismo, y sus agentes ideológicos o extremistas.

Es por eso de que comparto la idea de que la serenidad y la moderación, son hoy día más necesarias que nunca. En lo personal, creo haber demostrado en años muy difíciles y conflictivos, que tales rasgos no se oponen, sin embargo, a un combate vigoroso, enérgico e incansable, contra todos y cada uno de los planes que el comunismo impulsa para sojuzgarnos bajo su brutal tiranía, contraria a toda moral y a todo Derecho. Procuraré perseverar siempre en esa línea de conducta.

Jaime Guzmán E.
Jaime Guzmán E.

Santiago, 12 de Noviembre de 1975